

ALBA OMIL<sup>1</sup>

## EL AMIGO

Océano verde, sin tiempo, la selva avanza en oleadas sobre el pequeño claro donde están las chozas.

Siempre resuena el río; a veces ruge, brama, salta y, arrasando todo a su paso. Todos buscan refugio. Aun así, algunos viajan para siempre, aguas abajo entre chozas, troncos, limo, piedras, restos humanos, tributo a la selva violada. No se conservarán sus nombres, borrados por el rigor y por el miedo.

Siempre bullen los pájaros y bochinchan los monos, día y noche con sus chillidos que pueden volverse insoportables ¿Es que nunca duermen?

A veces, algún tiro exhausto los calla momentáneamente, pero los tiros están prohibidos, salvo caso de peligro o de fuga.

Los prisioneros son pocos (el resto estaría en los otros claros y en las otras chozas, sembrados en la selva); espectros empeñados en sobrevivir, descalzos, algunos engrillados, casi no hablan entre ellos: el reglamento, el temor y la desconfianza mutua.

No los rodean cercas ni fosos, sólo dos metros de árboles a la redonda; después, la extensión del laberinto, tupido de árboles, arbustos, lianas, helechos, en constante multiplicación, muro insalvable que impediría cualquier fuga. Y allí ellos, hombres innominados, con sus metralletas.

También vigilan los monos ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Por instinto? Vaya Dios a saberlo. Es que ellos son los verdaderos dueños de la

<sup>1</sup> Autora de amplia trayectoria docente y adicionalmente a sus libros en varios diarios y otras publicaciones eventuales y periódicas. En este número se reseña su última obra. <http://albaomil.blogspot.com/2007/04/quin-es-alba-omil.html>

selva, del círculo aparentemente exclusividad de la guerrilla. Estuvieron antes. Estuvieron siempre, quién sabe desde cuándo.

En noches de tormenta, los relámpagos los denuncian: próximos, inmóviles, expectantes. Temen u odian a los híbridos, mitad hombre, mitad metralleta. Cuando juegan entre ellos, un mango verde y enorme puede impactar sobre algún casco o dislocar un hombro  
¿Casualidad o puntería?

El prisionero X-750 piensa que los monos pueden recibir mensajes mentales, percibir el peligro y el odio. Pero los monos no pueden razonar, sólo juegan, comen, copulan, mueren.

X-750, como los otros prisioneros, puede caminar un poco por el claro y aún entre los dos metros de árboles (¿Cómo podrían huir descalzos y con los pies heridos?) y suele cruzarse con los monos o sentarse a observarlos, como quien se distrae o descansa sus plantas doloridas.

Años de mirada atenta le han permitido estudiar sus movimientos; ahora intenta descifrar su lenguaje.

Ya comprende en qué forma el macho convoca a la hembra, cómo desafía a otros machos, de qué modo delimita su territorio, cuándo está asustado o pide auxilio a los otros; la forma en que el jefe alerta y convoca a la tropa. Le resulta increíble el poder convocante del grito, la reacción instantánea de incontables simios que acuden, saliendo de cualquier parte. No sabe todavía cómo el amigo convoca al amigo o cómo denuncia su soledad. Pero esto es algo más bien metafísico, que va más allá de la materialidad del mundo de los monos  
¿O no?

Llegó el momento en que pudo averiguarlo: un híbrido había atrapado a un mono que lo molestaba, y atándolo a un tronco, lo castigaba, mordiéndose amenazas — ¡Calla, ¡Cállate!, ¿Por qué no te callas?— y lo hacía padecer hambre y sed.

Una tarde, desaparecidas las últimas luces del día, X-750 alcanzó a percibir entre la alharaca final de los pájaros, una suerte de quejido y luego otros iguales que le respondían. Vio un desplazamiento de sombras; luego su propia sombra llegó para acercarle la mitad de su cena: un plátano. Llovía a diario y el agua entre las piedras le aliviaba la sed.

Durante una semana se prolongaron los hechos. No era fácil distinguir en la oscuridad, salvo para un ojo atento, sombras que iban, venían, saltaban, desaparecían para luego retornar.

Al amanecer del séptimo día, la soga estaba cortada y no había rastros de monos en los alrededores.

Como X-750 se sabía observado, miraba a un lado y a otro, como quien contempla el aire o el vuelo de los pájaros. De pronto pudo divisarlo, allá en la altura verde. Emitía un sonido raspante y áspero —¿alguna urraca, un grajo?—; quiso iniciar un diálogo, responderle de un modo semejante aunque sin comprender qué significaba ese ruido ronco, pero lo silenciaron voces y pasos entre las hojas.

Siguió como mirando la nada, al parecer, sumido en su unidad indiferente. Inmóvil bajo su inconfundible sombrero verde de bejucos, tejido por él mismo, parecía un tronco más entre los árboles.

En la hora en que los pájaros despiden ruidosamente el día, pudo emitir su llamado —¿un cloqueo? ¿Un susurro?— y de inmediato recibió igual respuesta. Le rodaron las lágrimas y el cloqueo siguió yendo y viniendo (abajo-arriba, arriba-abajo) hasta que se durmieron los pájaros.

En días posteriores hubo ofrendas mutuas sobre una raíz saliente, ara primaria que brindaba la naturaleza cómplice: un plátano, un montoncito de frijoles negros, una nuez silvestre; un cuero duro y viejo, inmediatamente escondido entre las piedras, restos de soga. Todo iba a parar o al estómago del mono o a la cueva de tesoros del amigo, entre ramas y piedras, cerca del lugar adonde acudían diariamente a depositar las miserias de sus cuerpos.

Una noche, cuando la tormenta desdibujaba las cosas y, aprovechando el fragor del viento, la furia del río, los gritos desconocidos de la selva, el mono pudo aventurarse hasta la choza. Hombre y simio se acompañaron, sin palabras, hasta el primer canto de un pájaro.

Los rumores del ocaso les permitían contactarse y el prisionero vivía para esos momentos. Por otra parte, las noches se habían hecho menos penosas al convertirse en sesiones de mutuo aprendizaje: le mostró al mono, repetidamente, cómo el cuero que le regalara, podía cubrirle la planta del pie; cómo, atado a un resto de liana, se convertía en precaria ojota; cómo el otro pie quedaba descalzo y con la planta herida. Le enseñó, también, a llevar y traer cosas. Cada vez más lo asombraban su inteligencia y su receptividad.

Llegaron otros cueros, lianas con las que en las noches, con la misma técnica con que se había tejido el sombrero, fabricó un zurrón que, escondido entre los harapos, fue a parar a la cueva de los tesoros, cerca del excusado.

Al fin, se atrevió a confiarle al mono, por señas, en largos días de insistencia, aquello que planeaba y que no se había atrevido a decirselo a nadie. Ahora serían dos, cómplices de un secreto, tal vez de una estrategia, quizás de una empresa arriesgada. En realidad ¿sería partícipe el mono o sólo un repetidor de signos?

Fue larga la ejercitación. A diario los observaba: cómo subían y bajaban de los árboles, la forma como colocaban las patas o ajustaban la cabeza y el cuerpo para el salto, la sincronización de las manos, cómo las ramas más frágiles y las lianas les servían de columpio, evocando remotas imágenes de Tarzán.

En horas de furia —tormenta, creciente, aviones en la proximidad— tanto guardias como rehenes, cada uno ocupado en su propia salvación, trepaban a los árboles; sólo uno lo hacía con recursos de mono.

Esa noche en que el cielo parecía venirse abajo y el río arrastraba animales, troncos, cabañas y todo aquello que encontraba en su desborde, nadie los observó saltar de rama en rama, nadie los oyó alejarse, bajo los torrentes de agua, el furor del viento, el estruendo de los truenos.

La luz del día iluminó despojos. Los hombres comenzaban a descender de los árboles y a reunir a los supervivientes, a contarlos.

Los monos seguían sus juegos como si nada hubiese ocurrido.

Entre los rastros que dejara el río en las marismas, flotaba un sombrero verde de juncos. Más allá, una metralleta. Eran dos los ausentes, un guardián y un prisionero. No hacían falta averiguaciones: el río lo estaba diciendo.

Con los restos de cueros y de sogas, X750 se había improvisado las rústicas sandalias que mantuvo ocultas entre las piedras.

Caminaban de noche sorteando escollos, vadeando riachos y a un mismo tiempo, captando el espíritu profundo de la selva. Durante el día, las copas más espesas les servían de refugio, siempre atentos al menor ruido, que las orejas del mono detectaban. El fugitivo, pendiente de su guía, iba como mimetizándose: observaba cada uno de sus movimientos, motivados tal vez por su instinto de supervivencia ¿Por qué en los momentos en que el silencio indicaba la ausencia de peligro, el mono se abrazaba al tronco de los viejos árboles? ¿Por qué, sentado bajo un rayo de sol, parecía desprenderse de todo y dormir? Su amigo, sin entenderlo, hacía lo mismo.

Una tarde, las orejas del mono demostraron alerta; en seguida lanzó su grito de convocatoria. Incontables congéneres llenaron de inmediato los árboles y, arracimados, unos sobre otros, cubrieron todo, también al hombre. Tras un tiempo infinito de latidos y fluir de la sangre que se aceleraba, el fugitivo oyó pasar a un pequeño grupo armado —¿dos, tres?—. No pudo verlos.

Ya acalladas sus voces, un desbande de monos anunció el cese del peligro.

Las vertientes proveían el agua; las recorridas del mono, el sustento (frutas, semillas, raíces, pétalos, huevos que el hombre sorbía crudos, panales chorreantes). Tras interminables ocasos, la selva, virgen cruel, estaba develando sus secretos, convertida en aliada.

Ya lejos del círculo controlado por la guerrilla, la marcha continuaba día tras día, lenta, siempre río abajo, hacia el este.

En el amanecer de lo que sería la última jornada, el mono estuvo mustio y pegado al amigo, quien hasta ese momento, no le había conocido el miedo. Lo vio sentarse junto a un viejo tronco, inmóvil, el oído atento, los ojos entrecerrados. Se le cruzaron otros monos, pájaros, una serpiente, sin que los tuviera en cuenta. No comió ni se puso a retozar entre los árboles, según su costumbre.

Prosiguieron la marcha.

Al anochecer avistaron el humo de la primera aldea. El amigo, estremecido, al sentir cómo el mono abrazaba sus rodillas, lo abrazó a su vez, acariciándole la cabeza por un largo rato, en silencio y con el llanto apretado en la garganta. Luego lo vio partir, sin ruido, sin volverse ni una sola vez: un salto y otros más, hasta desaparecer en la oscuridad de la fronda.

El hasta ese momento X-750, vio la luna en lo alto y, abajo, el brillo casi fantasmal del caserío.

A lo lejos flotaban las notas de una guitarra y alguien cantaba “yo nací en esta ribera del Arauca vibrador”.

Él repitió, en voz baja, su nombre.